Este es un jóven de veinte á veintidos años de edad, bastante buena figura, y de un esterior decente. Parece que le inspira muy poco cuidado su comparecencia ante el tribunal, y conversa con otros jóvenes que están entre el auditorio.

El presidente. Mr. Perret, cuando os parezca hora de concluir vuestra conversacion, respondereis á mis preguntas.

Mr. Perret. Mil perdones, señor presidente, disimulad mi distraccion, y mandad cuanto gusteis.

El presidente. Tened la bondad de esplicarnos cómo vos que pareceis una persona bien educada, habeis podido propasaros á maltratar á este hombre.

Mr. Perret. No tengo inconveniente en contaros toda la historia de pe á pa.

El presidente. Ya os escucho.

Mr. Perret. Yo ocupo un cuartito de la casa en que Bernabé es portero.

Bernabe. Conserje, caballerito.

Mr. Perret. Sea conserje, enhorabuena. Al principio de mi instalacion allí, estaba yo muy satisfecho de mi domicilio. La casa es tranquila, el portero tenia buenos modos, y me entregaba con puntualidad las cartas que venian para mí. De consiguiente, me iba muy bien.

Bernabe. Y á todos lo mismo. El señor tenia buena conducta; no salia mas que para almorzar y comer; á las ocho ya estaba metidito en casa todas las noches.... Así, estábamos en la gloria....

Mr. Perret. Pero pronto las maneras del portero.... quiero decir, del conserje, sufrieron una transformacion completa. Ya no me avisaba cuando alguno habia venido á verme estando yo fuera.... y si respondia á mis preguntas era para dar pares de coces.

Bernabe. Sr. presidente, yo no puedo consentir que se me trate de caballo.

Mr. Perret. Tambien dan coces los jumentos; veo que no entendeis de metáforas. Digo, pues, que el señor conserje se hizo un hombre muy grosero.

Bernabe. Yo no puedo disimular. Me da grima ver á ese caballerito recibir mujeres en su casa.... y recogerse á las mil y quinientas.... y....

Mr. Perret. Las groserías del portero me importaban á mí dos caracoles; pero se permitia hacerme esperar tres cuartos de hora á la puerta de la calle.... y eso comenzó á impacientarme.

Bernabe. Pues ni por esas escarmentaba el señorito.

Mr. Perret. Y no solo esto. Si venia una carta, en lugar de subírmela, como solia hacer antes, el maldito portero se contentaba con gritar desde abajo: ¡Mr. Perret!... ¡una carta!....¡tres sueldos!.... Ya comprendereis, señor presidente, que todo esto me incomodaba mucho.... En fin, no queriendo entrar en contestacion con ese cancerbero, me determiné á aguantar hasta concluir el mes que tenia pagado en la casa. Pero no parece sino que el Sr. Bernabé se habia propuesto sofocarme.

Bernabe. Mas habeis querido sofocarme vos, pues no sé cómo no he muerto ahogado en vuestras manos.

Mr. Perret. Todas las noches, como he dicho, me tenia ese hombre á la puerta treinta ó cuarenta minutos; y mientras iba yo subiendo la escalera, se quedaba gruñendo y refunfuñando, diciendo pestes de mi persona.

Bernabe. ¿Por qué no os retirábais cuando todo el mundo? y no que me hacíais levantar de la cama para ir á abrir.

Mr. Perret. ¿Y por qué os acostábais?

Bernabe. ¡Bueno fuera estar esperando en vela hasta que os diese la gana de venir!

El presidente (*á Perret.*) ¿Erais, pues, vos siempre el último que se recogia?

Mr. Perret. Sí señor.

El presidente. Y os retirábais muy tarde..... puesto que este pobre hombre tenia que levantarse de la cama.

Mr. Perret. Permitid, señor presidente. En la casa de que se trata, todos los inquilinos se acuestan á las siete en invierno y á las nueve en verano. Esta es regla constante. De suerte que cuando yo me retiraba á las diez, Bernabé llevaba sesenta minutos de cama.... Ademas, la dueña de la casa tiene un miedo serval á los ladrones, y quiere que á la entrada de la noche se echen los cerrojos y aldabas de la puerta, lo cual es causa de que Bernabé no pueda abrir tirando de la cuerda del picaporte, sino que tiene que descorrer los cerrojos cada vez que un inquilino ó una visita quiere entrar despues del crepúsculo.

El presidente. ¿Son ciertos estos pormenores, Bernabé?

Bernabe (*restregándose las manos*). ¡Oh! sí señor; sí señor.... La casa está en un pié respetable, aunque me esté mal el decirlo.

Mr. Perret. Como Bernabé se mete indefectiblemente en la cama al dar las nueve, resulta que despues de esta hora ha de salir á abrir en camisa y gorro blanco.

El presidente. Todo eso no esplica las vias de hecho á que os habeis propasado.

Mr. Perret, (*sonriéndose*). Estas vías de hecho se reducen á poca cosa. Una noche que me retiré á las once, Bernabé me abrió hecho una furia, y juró que en adelante me dejaria pasar la noche en la calle... Fastidiado de majaderías tan tercas, concebí la idea de una pequeña venganza....Ya os he dicho el traje con que sale á abrir.... pues bien, le arrimé tres ó cuatro lapos en.... como se hace en los chicos cuando no son buenos..... Esta pequeña correccion redobló el furor de Bernabé, que se vino hácia mí gritando que era menester que le pagase con la vida el ultraje que habia recibido.... Yo le dí un empujon, y se cayó sobre el rasca-barro que hay en el portal.... Ahí está todo mi delito.

Habiendo reconocido Bernabé la verdad de los hechos, el tribunal no encuentra materia de condenacion, y absuelve al acusado.

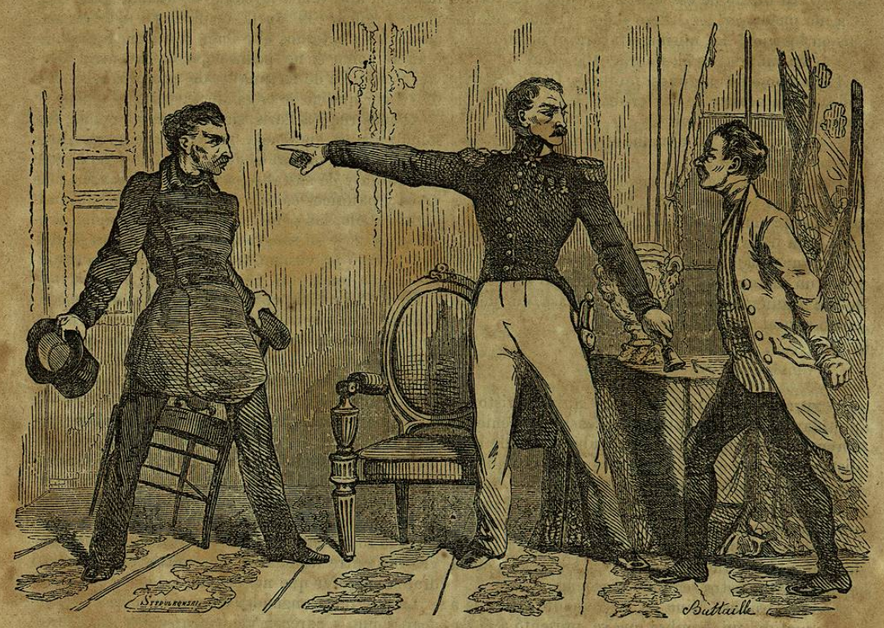
Bernabe. ¿Y mis 50.000 francos de indemnizacion?

El presidente. ¿Os han producido las heridas una incapacidad para el trabajo?

Bernabe. Me han puesto en la incapacidad de sentarme. (Risas.)

El presidente. No ha lugar á vuestra demanda.

Bernabe (*levantando las manos al cielo y marchándose.*) ¡Oh república! ¡he aquí cómo se hace justicia en tu *nueva era!*.... Se niega una indemnizacion á las heridas de un hombre hecho y derecho, y se condecora á los monigotes de la movilizada!



PEDRO COIGNARD.

(EL SUPUESTO CONDE DE SANTA ELENA)

USURPACION DE NOMBRES Y DE TITULOS; ROBOS; ESTAFAS; TENTATIVA DE HOMICIDIO

I.

Una hermosa mañana del mes de Mayo de 1818, se agolpaba una numerosa muchedumbre á las avenidas de la plaza de Vendóme, donde pasaban revista las tropas de la guarnicion de Paris

Mientras todo el mundo contemplaba el buen porte y aire marcial de los soldados y el brillo y variedad de los uniformes, un hombre situado en primera fila entre los curiosos, miraba y remiraba con singular atencion á uno de los oficiales superiores que mandaban las maniobras militares.

Aquel hombre era un presidario llamado Darío, que hacia poco tiempo habia cumplido su condena en Tolon, á cuyo presidio fué destinado por veinte años de resultas de una falsificacion.

El oficial á quien miraba tan fijamente era el teniente coronel de la 72.ª legion (esto es, la del Sena) conocido con el título de conde de Pontis de Santa Elena.

Darío parecia estar asombrado, y de tiempo en tiempo prorumpia en estas ó somejantes esclamaciones:

—¡El! ¡es posible! ¡él, á la cabeza de un regimiento frances.... con mas cruces que un calvario! ¡él, en medio de ese brillante estado mayor....! ¡Ca, no puede ser!.... Pero señor, ¿tendré telarañas en los ojos? La misma estatura, el mismo aire, la misma mirada; es él, no me cabe duda.

Por espacio de algunos minutos, Darío estuvo indeciso sin acabar de dar crédito á su vista. De repente se le oyó gritar:

—¡Por vida de mi abuela, es el mismo! No se me ha despintado.

Sus dudas se habian convertido en una conviccion. Habia reconocido de una manera inequívoca al teniente coronel por un gesto nervioso que alejaba toda incertidumbre.

Informóse del nombre del oficial, no le perdió de vista un instante, y en cuanto terminó la revista, le fué siguiendo de lejos hasta su casa, en donde entró casi al mismo tiempo que él.

II.

Seguramente cualquiera que hubiese visto al presidario Darío introducirse en casa del teniente coronel de la legion del Sena, hubiera estado bien distante de sospechar la clase de relaciones que podian ecsistir entre aquellos dos individuos, recien salido de galeras el uno, y perteneciente el otro á una elevada categoría.

Porque ya que hemos dicho lo que era Darío, debemos decir ahora lo que era, al menos en la apariencia, nuestro segundo personage.

Cuando estaba Mina en Estremadura, le fué á visitar un dia un hombre que se presentó á él como conde de Pontis de Santa Elena, acompañado de una mujer bastante bien parecida que dijo ser su esposa. El general le admitió con el título de oficial en uno de los regimientos que tenia á sus órdenes.

El nuevo oficial se distinguió en diferentes ocasiones, y fué agraciado á poco tiempo con la cruz de Alcántara y otras en recompensa de su valor.

Esto no era mas que el preludio de una carrera que debia ser harto brillante todavía.

Nadie ignora los acontecimientos que produjeron la guerra entre el imperio frances y la nacion española. El hombre de que vamos hablando, que pocos meses antes habia dejado el ejército de Mina, se presentó entonces al mariscal Soult, le enseñó las hojas de servicios del conde de Santa Elena, tanto en América como en España, y le pidió ingresar en el ejército frances. Seducido el mariscal por el lenguaje de aquel hombre, engañado con los papeles que le presentaba, y pensando con mucha razon que podria serle muy útil un oficial que tenia un conocimiento profundo del país y del ejército enemigo, le recibió con gran distincion, y le confirió en los términos mas honrosos el grado de gefe de batallon. No desmereció nuestro hombre en su nueva posicion; se hizo apreciar de sus gefes, y no cesó de gozar de la consideracion y de los honores que eran debidos al conde y á la condesa de Santa Elena.

Sobrevinieron los acontecimientos de 1815 y la primera restauracion; y el pretendido conde de Santa Elena aprovechó aquella coyuntura para volver á Francia con María, confiado en que en medio de los trastornos que iban á tener lugar, un hombre como él no podia dejar de encontrar nuevos elementos de fortuna y de prosperidad. Vamos á ver que no se engañaba.

Apenas llegó á Paris, su primera diligencia fué solicitar una audiencia particular del rey Luis XVIII. Obtuvo esta audiencia, habló con calor de su familia y de sus antepasados, pintó con los mas vivos y patéticos colores los reveses que habia esperimentado, las pérdidas que habia sufrido; ofreció su brazo y su sangre á la familia de los Borbones, y pidió provisionalmente un socorro pecuniario de que tenia gran necesidad.

El rey le recibió con efusion; le dijo que se congratulaba de ver al último vástago de los condes de Pontis de Santa Elena; le concedió lo que pedia, y le prometió solemnemente su alta proteccion. Todo el mundo en la corte participaba del entusiasmo del rey por aquel hombre.

Seguian su marcha los sucesos, y con ellos tambien la fortuna del conde de Santa Elena. Napoleon se habia fugado de la isla de Elba, y avanzaba de triunfo en triunfo hasta Paris. Incapacitado el rey de luchar con tan formidable enemigo, habia emigrado de nuevo, refugiándose en Gante, seguido solamente de algunos de sus mas fieles servidores, entre los cuales se contaba el héroe del drama singular que nos ocupa.

La desgracia engendra confianza con los que rodean á uno y parecen identificarse con su suerte; así es que el conde de Santa Elena fué ganando de dia en dia el favor del rey y de las personas de su corte. Veíasele por todas partes al lado del monarca; parecia multiplicarse para atender á su servicio y corresponder así á las bondades de que habia sido objeto. Su crédito aumentaba por momentos, y como era el mas desdichado de los servidores del rey, y contra quien mas se habia encarnizado la suerte, pues suponia haber sido despojado de todos sus bienes, se le daban á cada instante socorros y gratificaciones para él y para la condesa, que habia quedado en Paris, prometiéndosele ademas mayores cosas para cuando volviese el rey á ocupar el trono.

En efecto, pasaron los Cien Dias; el emperador, despues de su última y magnífica campaña, abandonó para siempre la Francia, para ir á morir sublimemente en una desierta roca. Volvieron los Borbones y todos sus servidores, en cuyo número estaba el famoso conde de Santa Elena. Apenas puso el pié el nuevo rey en las Tullerías, cercáronle los cortesanos y los pretendientes de todo género; y como ordinariamente acontece, los mas merecedores, los que habian dado pruebas de una verdadera adhesion, fueron los últimos á presentarse. Por lo que hace al conde de Santa Elena, no se hizo aguardar, y fué de los primeros á reclamar el cumplimiento de las promesas que se le habian hecho, acompañando su demanda con nuevas y mas numerosas protestas de adhesion y de lealtad. Sonríole, como antes, la fortuna, y con arreglo al formal deseo manifestado por el rey, el ministro de la guerra le nombró teniente coronel de la 72.ª legion, de guarnicion en Paris.

Disfrutó entonces grandemente de su nueva posicion; tomó una casa suntuosa; compró magníficos trenes, y se introdujo en las sociedades mas selectas, en las cuales presentó á la que pasaba por su mujer, engreida mas que nunca con el fastuoso título de condesa de Santa Elena.

El favor del conde crecia á medida que aumentaba su audacia; fué nombrado miembro de la Legion de Honor; despues oficial; luego caballero de San Luis: y personas bien informadas afirman que estuvo á punto de ser designado para edecan del duque de Angulema.

Los periódicos ministeriales de la época, los cuales recibieron órden de ocuparse lo menos posible de este asunto, no hicieron mencion alguna de aquella última circunstancia, que, á la verdad, no perjudica en nada al rey Luis XVIII, quien, como hombre de talento, no se retraia de hablar y dar pormenores sobre la farsa de que habia sido objeto. Sabida es la destreza con que Coignard habia logrado escitar y mantener la compasion de sus nobles protectores.

Es imposible prever hasta dónde hubiera remontado la fortuna á aquel hombre audaz, si la circunstancia fortuita de su encuentro con Darío no le hubiese cortado las alas cuando menos podia esperarlo.

III.

Luego que Darío fué introducido á presencia del conde, esclamó en tono franco y alegre:

—¡Adios, Pedro! ¿No me conoces?

Volvióse el conde y dijo con aire desdeñoso:

—¿Quién es este hombre?

—Soy Darío, tu antiguo compañero de cadena. ¿No te acuerdas ya de mí?

El teniente coronel se levantó; alargó la mano al cordon de campanilla inmediato á la chimenea, y respondió tranquilamente:

—El conde de Santa Elena no tiene que ver nada con un miserable como tú. Si no sales al instante, mando á mis criados que te echen rodando por la escalera.

—Si hay aquí algun miserable, eres tú, replicó Darío.... Tú no eres conde de Santa Elena, eres Coignard, ¿entiendes? á mí no me la pegas. Pedro Coignard, condenado á galeras por robo....

Por toda respuesta, el titulado conde de Santa Elena, tiró de la campanilla.

—Mal haces, por vida mia, dijo Darío. Yo no te queria mal, y no te hubiera denunciado.... Venia solo á interesar tu corazon por un antiguo camarada que se ve falto de recursos.... Tú me rechazas; pues bien, ya te arrepentirás de tu dureza.

En este momento entró un lacayo, que despues se supo ser Alejandro Coignard, y á una señal del conde, puso á Darío en la puerta.

Este desdichado, con el corazon lleno de rabia, se dirigió en seguida al ministerio, y solicitó hablar al duque de Decazes, á la sazon ministro del interior. Como indicó que se trataba de un negocio de suma urgencia, fué admitido sin demora en el despacho del ministro. Allí descubrió toda la verdad; manifestó que el conde de Santa Elena era un presidario escapado de Tolon, llamado Pedro Coignard, y ofreció las pruebas necesarias en apoyo de su aserto.

M. Decazes quedó atónito con aquella revelacion; comprendió el escándalo que iba á producir; calculó que él podia desembarazarse de aquel desagradable negocio, sometiéndolo al conocimiento de la autoridad militar á quien mas propiamente correspondia, y dijo por lo tanto á Darío, que fuese á ver de su parte al general Despinoy, gefe de la division militar, y le contase minuciosamente cuanto acababa de referir.

Satisfecho Darío de aquel primer paso de su venganza, se trasladó al punto al alojamiento del general, y le repitió todo lo que habia declarado al ministro y lo que este le habia contestado.

Al escuchar aquella revelacion, el general, que era un antiguo soldado de la república y del imperio, un modelo de honor y de probidad, sintió arrebatársele la sangre al rostro, y esclamó con viveza:

—¿Qué prueba podeis darme de esta horrible verdad?

—Mi general, contestó Darío, retenedme aquí: ordenad á Coignard que comparezca á vuestra presencia, y careadme con él; pero antes, tened la bondad de mandar que me dén algo de comer, pues estoy todavía en ayunas.

El general condescendió: le hizo entrar en una pieza, mandó disponerle un refrigerio, y en seguida envió un ordenanza de caballería al teniente coronel de la 72.ª legion, con la órden de que se presentase sin perder un minuto, y dejando cualquiera ocupacion que tuviese, en el cuartel general de la primera division.

No tardó en llegar Coignard de gran gala y con el pecho cubierto de condecoraciones. Al verle entrar, le dijo el general en un tono mezclado de ironía y de indignacion:

—El señor conde de Pontis de Santa Elena no engañará por mas tiempo al gobierno y á mí. Ya sé que sois Coignard, fugado de su presidio.

El miserable pareció no desconcertarse, á pesar de tan vehemente apóstrofe.

—Os doy gracias, mi general, esclamó con sangre fria, por el escelente concepto que os merezco.

Voy á volver á mi casa y á traeros documentos que os probarán quién soy.

—No, no, repuso el general, no ireis solo; voy á hacer que os acompañen un oficial y dos gendarmes. Pero antes quiero practicar una diligencia.

Hizo entonces introducir á Darío, á cuya vista no pudo Coignard reprimir una ligera emocion, que no se escapó á los ojos del general. Repitió Darío todas sus anteriores manifestaciones, ampliando mas todavía algunas de ellas, y Coignard le contestó con violentas invectivas. El general, por último, llamó á un oficial de su estado mayor, y le ordenó que acompañase al coronel á su domicilio, calle baja de San Dionisio, con dos gendarmes, previniéndole espresamente no apartarse de él un momento, y haciéndole responsable del cumplimiento de sus órdenes.

El oficial por consideracion al uniforme é insignias de Coignard, obligó á los gendarmes á mantenerse á cierta distancia. Conversando con el oficial por el camino, se quejó Coignard de la conducta *infame* que con él se observaba, y manifestó que pronto lograria confundir á la calumnia y á los calumniadores, con la simple ecshibicion de sus papeles, á lo que el oficial contestó estar bien persuadido de ello. Luego que llegaron á la calle baja de San Dionisio, quedaron en el portal de la casa los dos gendarmes, y Coignard subió acompañado del oficial, á quien quiso obsequiar con una botella de vino de Alicante.

Al ver entrar aquella gente en la casa, la pretendidia condesa de Santa Elena se turbó en gran manera. Coignard, para tranquilizarla, la contó lo que acababa de pasar, y el oficial añadió con galantería:

—Estoy seguro de que el señor conde se justificará fácilmente, y confundirá á los que le calumnian.

—Respondo de ello, replicó el conde.

Llenó en seguida el vaso del oficial, quien encontró delicioso aquel vino, y despues le pidió permiso para pasar á la pieza inmediata á buscar sus papeles, manifestando seria operacion de un momento, y que en el entre tanto su mujer le haria compañía. El oficial no puso reparo alguno.

Hizo entonces una seña á un criado vestido de librea, y salieron los dos juntos. Inmediatamente se enjaretó la casaca, el pantalon y la gorra de aquel criado, que, como pronto verémos, era su propio hermano, y el mismo que echó de la casa á Darío. Dizfrazado de aquel modo, cogió el conde un plumero en la mano y una servilleta bajo el brazo; enteró en breves palabras á su hermano de lo que se trataba; bajó por una escalera secreta; atravesó el portal por en medio de los dos gendarmes, que no le conocieron, y fué á refugiarse á la calle de San Mauro, barrera de las Tres Coronas, en casa de un sugeto llamado Lexcellent.

Mientras tanto, el oficial estuvo entretenido en hablar con la condesa, y en saborear el vino de Alicante, doble circunstancia que impedia que le pareciese largo el tiempo; y como habia servido en España, la conversacion recayó sobre este hermoso país, sobre sus poéticos monumentos, sobre lo pintoresco de su naturaleza, sobre la amabilidad de sus mujeres, y con tales recuerdos su imaginacion se enardecia mas y mas. En fin, al cabo de una hora de semejantes escursiones por lejanas tierras, pensó en volver á Paris, en donde habia dejado á su prisionero; insinuó á la condesa que su marido tardaba demasiado, y habiéndole parecido que aquella mujer se quedó cortada, se levantó, llamó á la puerta, la abrió y recorrió el aposento en todos sentidos; pero no encontró mas que algunos criados, que parecia querian evitar el verle y hablarle. Vió, sin embargo, á uno mas descarado que los demas, y le preguntó dónde estaba su amo.

—Se marchó hace mas de una hora, respondió el criado, y en este instante está ya algo lejos.

Esta respuesta dejó petrificado al oficial, quien salió precipitadamente sin despedirse de la condesa; se reunió con los dos gendarmes, y volvió con ellos á casa del general, al que contó sencillamente y con aire desesperado lo que acababa de suceder. Reprendióle el general severamente, y le envió con los dos gendarmes á las prisiones de la Abadía, en donde permanecieron arrestados ocho dias.

IV.

Para que el lector comprenda cómo el presidario Coignard habia podido llegar á usurpar el nombre de conde de Pontis de Santa Elena, conviene retroceder á una época anterior.

En 18 de Octubre de 1800, un hombre de una inteligencia y de una audacia poco comunes, era condenado por el tribunal criminal del departamento del Sena, á catorce años de trabajos forzados por varios robos cometidos en diferentes casas con fractura y uso de llaves falsas. Este hombre se llamaba Luis-Pedro Coignard.

Era hijo de un cultivador de Langeais, y estuvo en un principio dedicado al oficio de sombrerero. Pero los movimientos militares que tenian lugar entonces en Francia, le llamaron á formar parte de las legiones que la república organizaba á toda priesa; entró con el grado de cabo en los granaderos de la Convencion; mas olvidando muy pronto lo que el decoro de la noble profesion de las armas exije, se ligó con algunos miserables, cuyas perversas inclinaciones no encontraban freno en la vida agitada de un campamento mal organizado; y unas cuantas estafas y robos le valieron la condena de que antes hemos hecho mencion.

Al cabo de cinco años, á pesar de la vigilancia mas activa, aquel mismo hombre se escapó del presidio de Tolon, al que habia sido destinado.

La noche siguiente á su evasion, se embarcó en un pequeño buque español, que se daba á la vela para Cataluña, á donde arribó al poco tiempo.—Condújole su estrella á un pueblo cercano á la costa, y allí contrajo relaciones con la jóven María Rosa, que habia estado sirviendo al conde de Pontis de Santa Elena, francés emigrado, que hacia poco tiempo habia muerto.

Era el conde de una antigua y noble familia de

las inmediaciones de Soissons; habia en su juventud abandonado la Francia para ir á servir en los ejércitos del rey de España, y fué enviado á la América meridional, habiéndose distinguido particularmente en los sucesos de Buenos-Aires. Tenia las mas brillantes hojas de servicio, y gozaba de una gran reputacion de valiente y pundonoroso. Por razon de su salud tuvo que regresar á España, y pedir su ingreso en un cuerpo sedentario; pero la muerte le sorprendió lejos de su país y de su familia, habiendo perdido todos sus bienes, y sin poseer mas fortuna que su espada.

Durante su enfermedad, y hasta exhalar su postrer suspiro, fué asistido con esmerado celo por María, á la que en agradecimiento dejó lo poco que todavía le quedaba.

Recogió María los objetos que componian su pequeña herencia, y los vendió para atender por algun tiempo con su producto á su frugal ecsistencia; pero sus débiles recursos se habian agotado, y no le restaba mas que una cajita que contenia unos pergaminos antiguos, y la cual habia el conde recomendado á su solicitud, como lo mas precioso que dejaba en la tierra.

Tal era la situacion de esta jóven, cuando Coignard la conoció, y logró, á fuerza de destreza y de perseverancia, hacerse dueño de su espíritu, no contaminado todavía.

Sin recursos entrambos, acabaron por confiarse el uno al otro lo precario de su posicion; hicieron juntos su inventario, y se encontraron con nada; y como la necesidad apremiaba, convinieron en vender la preciosa cajita á un judío, que tenia grandes ganas de ella hacia mucho tiempo; pero antes de entregársela, la abrió Coignard, y vió que los pergaminos que encerraba eran los títulos auténticos de nobleza del conde, y sus hojas de servicio.

Apoderóse inmediatamente de su espíritu una idea, comprendiendo en un instante el partido que podria sacar de aquel importante descubrimiento en un país como España, donde los títulos de nobleza han ejercido en todo tiempo un prestigio indestructible.

Al dia siguiente, María y él abandonaron el pueblo; salieron de Cataluña para dirigirse á Estremadura, y tomaron, para usarlos siempre en adelante, los nombres de conde y condesa de Pontis de Santa Elena.

Sus primeros pasos fueron felices, y ya hemos visto cómo Coignard se presentó, bajo su nuevo nombre, al general Mina y luego al mariscal Soult.

V.

Pedro Coignard, que no habia sabido aprovecharse de la fortuna para hacer olvidar sus antecedentes y adoptar un género de vida y unos sentimientos mejores, no supo tampoco aprovecharse de su libertad. Echóse él mismo en manos de la justicia. Dos dias despues de su evasion partió para Tolosa, con Lexcellent, que habia sido compañero suyo de presidio, y en cuya casa se habia refugiado, y con dos italianos llamados Saffieri y Carreti. Permanecieron ausentes quince dias, y regresaron luego á Paris. Tres dias despues de su llegada, tomaron un coche de alquiler, y se presentaron en la Caja de Poissy; subió Coignard solo al aposento del cajero, y pidió una letra sobre Tolosa. Al mismo tiempo que ponia sobre la mesa dos mil francos en oro, se apoderó de la llave de la caja: asustado el cajero de su ademan osado, le preguntó de parte de quién venia, á lo que respondió que no venia de parte de nadie, y que si no querian darle la letra, se marchaba; al propio tiempo recogió el dinero y bajó repentinamente la escalera.

El cajero se puso á gritar; ¡ladrones! ¡socorro! Bajaron al punto y se apoderaron del coche; pero Saffieri y Carreti, armados de pistolas, obligaron á los que le detenian á dejar el campo libre, y solo Lexcellent, menos listo que los otros, quedó preso.

Entre tanto Coignard juzgó conveniente ir por sí mismo á la calle de San Mauro, en donde habitaba, y preguntó si habian visto á Lexcellent. Rosa Marcen contestó negativamente, lo cual hizo concebir á Coignard vivas inquietudes, y manifestó que lo mejor que podia hacerse era dejar cuanto antes el cuarto.

Mientras arreglaban diferentes lios, se divisó al comisario de policía. Coignard no tuvo á bien aguardar; saltó por una ventana que daba al callejon de Fernando, y se escapó.

El comisario, despues de haber encontrado alguna dificultad en hacer abrir la puerta, entró, por fin, y dirigiéndose á Rosa Marcen, la preguntó si conocia á *Carelle* (sobrenombre que habia tomado Coignard). Rosa Marcen declaró no conocer á semejante hombre, y puso en las nubes el nombre del conde de Pontis de Santa Elena, su esposo. Pero no fué necesario mas para robustecer las dudas de la policía, pues ya se recordará cómo se le habia escapado el titulado Pontis de Santa Elena.

Procédese al registro de la casa de Lexcellent, cuya diligencia dió un resultado mas importante de lo que se esperaba. Allí se encontraron puñales, pistolas, mascarillas de cobre fundido, patillas y bigotes postizos; en una palabra, el equipaje completo de una cuadrilla de asesinos y ladrones.

No tardaron en arrepentirse de no haber arrestado desde luego á *Madama de Santa Elena*, la cual se dió buena priesa á huir; sospechóse, sin embargo, que no estaria lejos, y se hicieron pesquisas en las inmediaciones. Su gorro, que se divisó entre una empalizada, fué causa de que se la descubriera. Pero esta prision no significaba nada. Faltaba apoderarse de Coignard y de los demas cómplices. Se calculó con razon, que el supuesto conde de Santa Elena, inquieto acerca de la suerte de Rosa Marcen y de sus demas afiliados, vendria por la noche á rondar la casa. Diéronse las órdenes oportunas para preparar una emboscada, y fueron apostados varios agentes en el callejon de Fernando.

A las once de la noche, uno de aquellos agentes, llamado Fouché, se encontró manos á boca con Coignard, que iba á entrar; le agarró del cuello y le intimó que se diera preso en nombre del rey. Coignard respondió á esta intimacion con un pisto-